

Pablo Palacio o de las clave para resolver una obsesión

Carlos Andrés Salazar Martínez¹

casalazar@gmail.com

RESUMEN

En la década de 1920 la literatura latinoamericana tenía como influencia fundamental los discursos de índole naturalista y antropológica. Pese a ello, el escritor ecuatoriano Pablo Palacio lograría escribir una obra que no estaría ceñida a las formas hegemónicas de la literatura de su época. Con su particular estilo no sólo lograría ubicarse entre los escritores de vanguardia de principios de siglo, sino también hacer una fuerte crítica a disciplinas que pretendían, a través de sus rígidas estructuras, dar cuenta de los comportamientos y formas de los seres humanos. El presente artículo es una reflexión en torno al cuento “un hombre muerto a puntapiés” de Pablo Palacio, un relato central en la obra del autor ecuatoriano, que permite explorar a fondo sus preocupaciones más vitales y, a su vez, invita a seguir las pistas que dicho autor ha dejado, de esa particular visión del mundo, en otros de sus textos.

Palabras clave: Pablo Palacio, cuento latinoamericano, método inductivo, discurso científico, verdad.

Pablo Palacio or the keys to solve an obsession

ABSTRACT

In the decade of 1920 the Latin American literature has fundamental influences the discourse of character naturalist and anthropologic. Despite this, the Ecuadorian writer Pablo Palacio wrote an oeuvre not tight to the hegemonic forms of the literature of his period. With her special stile not only located inside the vanguard writers of twentieth century, but also he makes a strong criticism to disciplines that pretended, across of their rigid structures, give an account of the behavior and forms of human being. This paper is a reflection around the Pablo Palacio’s story “kicking a dead man”, a central tale in the work of the Ecuadorian writer, that allows explore in depth the Pablo Palacio’s concerns and, at the same time, invites to consider the clues that the author has left this particular vision of the world, in his others stories.

Keywords: Pablo Palacio, Latin American Story, inductive method, scientific discourse, truth.

Fecha de recibido: 15 de enero de 2012. Fecha de aceptación: 23 de abril de 2012.

¹ Docente de cátedra de la Universidad Eafit. Ingeniero de Control, Universidad Nacional de Colombia – Medellín –, Especialista en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit, candidato a Magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit. Miembro del Semillero de Investigación en Hermenéutica y Literatura. Dirección electrónica: casalazar@gmail.com

Introducción

Seis años antes de que Karl Popper pusiera en debate la eficacia del mecanismo inductivo, utilizado por el psicoanálisis o la física teórica para ir en busca de la verdad, Pablo Palacio los usaba para enseñar a los lectores las limitaciones que tiene pensar el mundo a través de ellos. Su cuento, “un hombre muerto a puntapiés”, es una constatación de su interés por el método científico y la búsqueda de la verdad. A través de él es posible hacer una exploración de la obra del autor ecuatoriano y sus constantes guiños a ese particular discurso.

“Un hombre muerto a puntapiés” es un cuento que, podría decirse, señala el singular carácter de la obra literaria de Pablo Palacio. Una obra literaria cuya creación tendría como marco un muy corto espacio de tiempo (1925 – 1932), pero que no por ello limitaría al autor ecuatoriano a ceñirse a los convencionalismos propios de la época. Roberto González Echavarría (2000, p. 71) habla, por ejemplo, del decenio de 1920 como un punto en el que el discurso naturalista dio paso al antropológico como discurso hegemónico; siendo, ambos discursos, utilizados por los autores latinoamericanos para exponer la inevitable preocupación por el tema de la identidad cultural, la creencia siempre presente de la singularidad de América Latina y su influencia en todo. Pablo Palacio sabría absorber, más allá de las circunstancias históricas y las pre-

ocupaciones de sus contemporáneos, la necesidad impostergradable de definir y dar lineamientos precisos a la búsqueda de la verdad y, en medio de ello, al hombre moderno. Una verdad que escurridiza invita, constantemente, a no desfallecer en el propósito de encontrarla; una verdad por la cual se desvelarían, años después, pensadores como Heidegger y Gadamer. Y un hombre moderno, en constante desencuentro con su pasado, con su futuro, con todo aquello que eso significa y cuyas formas posibles de representación narrativa se encuentran en los discursos de la sociología, el psicoanálisis y la lingüística. Todos estos elementos que, en los relatos de Pablo Palacio y en especial en “un hombre muerto a puntapiés”, tendrán al método científico como común denominador.

En “un hombre muerto a puntapiés” (1927): el narrador, al darse cuenta, a través de un reportaje, del particular asesinato del que fue víctima un hombre cualquiera, decide investigar cuáles son las razones por las que un asesino decide matar a su contrario a patadas. Para ello, el narrador no sólo debe hacer acopio de los testimonios y evidencias posibles, sino también escoger un método que le permita dar respuesta a dicha pregunta. No obstante, con tan escasas pruebas, el método inductivo no será suficiente para develar la verdad respecto a los móviles del homicidio y el narrador, por tanto, deberá darse ciertas licencias en beneficio del relato y el esclarecimiento del caso.

Debemos destacar, no obstante, que el interés de la literatura por la verdad y los métodos científicos disponibles para su búsqueda, no tiene representación exclusiva en el autor ecuatoriano. Desde finales del siglo XIX esta impostergradable fusión de discursos haría inolvidables los relatos en que Sherlock Holmes y su particular capacidad para entenderse con las evidencias eran puestos a prueba. Todo esto, por supuesto, luego de las críticas hechas por Francis Bacon, durante la edad media, a las observaciones realizadas inicialmente por Aristóteles respecto a este método, legando así un mecanismo de constatación científica en el que la observación detenida de la naturaleza y de datos particulares es más importante que la elaboración misma de hipótesis (Dávila, 2006, p. 185). Será este último punto uno de aquellos a los que Pablo Palacio pondría mayor interés y alrededor del cual girarán sus aportes desde la literatura misma.

González Echavarría (2000) por ejemplo, habla así a propósito de las posibles similitudes entre la ciencia y la literatura: “no cabe duda de que los científicos proyectan sobre su objeto de estudio una visión tan cargada de valores y deseo como la de la literatura misma” (González, 2000, p. 195). Y mucho antes de que fuera planteada con estas palabras esa singular semejanza, Palacio sacaría todo el provecho necesario de ella. Incluso, haciendo uso de las formas con las que la ciencia construye sus propias visiones acerca de la verdad.

Para esclarecer el concepto de verdad, antes de ingresar en el análisis de los relatos de Pablo Palacio, es necesario aclarar que su significado sufrió una transformación definitiva a causa del compromiso de la ciencia con encontrar un método que permitiera alcanzarla. De esta manera para Mario Bunge (2002, p. 24), en su libro *La investigación científica*, “los problemas del conocimiento, a diferencia de los del lenguaje o los de la acción, requieren la invención o la aplicación de procedimientos especiales adecuados para los varios estadios del tratamiento de los problemas, desde el mero enunciado de éstos hasta el control de las soluciones propuestas”. Tener un método, entonces, da la impresión de que es posible alcanzar en cierto punto una verdad definitiva o absoluta, sin embargo, los mismos científicos reconocen que pese a tener para determinados casos un sistema bastante depurado, en el más ideal de eventos, el método científico no puede dar más que aproximaciones a la verdad. Esas aproximaciones a la verdad, desde una perspectiva científica, no son más que el intento por dar una respuesta a alguna de las muchas incertidumbres que restringen nuestra comprensión del mundo. Sobre esa verdad que pretende alcanzar la ciencia Gadamer tuvo algo decir, y es que según él: “la verdad que nos cuenta la ciencia es a su vez relativa a un determinado comportamiento frente al mundo, y no puede tampoco pretender serlo todo” (2007, p. 538). Más allá de eso podemos retomar al filósofo alemán para encontrar en él un acerca-

miento a la verdad a través del concepto de la comprensión, pues esta última es una experiencia auténtica, comprender determina el encuentro con algo que vale como verdad (Gadamer, 2007, p. 583).

Ya que Pablo Palacio es un autor de vanguardia que propuso, a través de sus textos, una nueva forma de ver el método científico, se hace necesario precisamente definir el concepto de verdad desde el entender. La renovación proporcionada por la hermenéutica a los problemas del método parece hacer contrapunteo con las propuestas del autor ecuatoriano. En este punto es posible retomar a un autor como Grondin, quien haciendo un análisis riguroso del pensamiento Gadameriano, explica que “entender no significa comprender y dominar. Es como el respirar y el amar: no sabe uno a ciencia cierta qué es lo que nos mantiene en ello y de dónde viene el viento que hace fluir vida en nosotros, pero sabemos que todo depende de ello, y que nosotros no dominamos nada” (Grondin, 2003, p. 42).

No puede pasarse por la definición del concepto de verdad sin considerar las acepciones que sobre ella hicieron Bacon y Cervantes. Dos significados por demás similares, que dan al paso incontenible del tiempo una importancia invaluable con respecto a esa intensidad del acercarse a la verdad o por lo menos aproximarse. Pese a que como ya se dijo son similares estas dos perspectivas si se puede destacar que mientras para Cervantes

la verdad es hija exclusiva de la historia y émula del tiempo (Cervantes, 2005, p. 88) para Bacon: el contraste se da entre la verdad como hija del tiempo y no de la autoridad (Finkelkraut, 2001, p. 170). Estos dos significados reflejan lo difícil que es, más que definir la verdad, llegar a un punto en el cual pueda alguien estar de acuerdo con que ha sido suficiente el tiempo transcurrido y han sido agotados hasta la saciedad los métodos que dan como resultado una verdad definitiva. Respecto a este punto Pablo Palacio tendrá también algo que decir.

Pablo Palacio o de las clave para resolver una obsesión

La historia de “un hombre muerto a puntapiés” gira entorno a la obsesión del narrador-héroe por descubrir qué razones motivan a una persona a matar a otra, como el propio título lo indica, de una manera tan singular. Es a raíz de esa definitiva pregunta que comienza a desenvolverse la trama. Un asunto clave que en el relato es formulado de la siguiente manera: “resolví al fin reconstruir la escena callejera o penetrar, por lo menos, en el misterio de *por qué* se mataba a un ciudadano de manera tan ridícula” (Palacio, 2006, p. 10).

Por otro lado, igual que ocurre en el cuento, a la ciencia no le basta con la formulación de la pregunta, es necesario el compromiso del científico en el rastreo de la respuesta, es vital su compromiso con la búsqueda de soluciones. Karl

Popper (1956, p. 48) sostiene, por ejemplo, que no hay más que un camino hacia la ciencia o hacia la filosofía: encontrar un problema, ver su belleza y enamorarse de él; casarse con él y vivir feliz con él, a menos que uno encuentre otro problema más fascinante aún, o a menos, naturalmente, que encuentre una solución. Palacio supo, por tanto, que luego de ser formulada una cuestión, la ciencia exige que la resolución respecto a ésta sea llevada hasta el límite. Ese compromiso del narrador con su objeto de estudio se hace patente en el siguiente apartado:

Caramba, yo hubiera querido hacer un estudio experimental; pero he visto en los libros que tales estudios tratan sólo de investigar el *cómo* de las cosas; y entre mi primera idea, que era ésta, de reconstrucción, y la que averigua las razones que movieron a *unos individuos* a atacar a otro a puntapiés, más original y beneficiosa para la especie humana me pareció la segunda. Bueno, el *porqué* de las cosas dicen que es algo incumbente a la filosofía, y en verdad nunca supe qué de filosófico iban a tener mis investigaciones, además de que todo lo que lleva humos de aquella palabra me anonada (Palacio, 2006, p. 10).

Pero de qué manera tropieza el narrador con dicho problema, por qué escoger éste y no otro, cuál es la probabilidad de que un hecho de esta naturaleza ocurra en la vida real. Para introducir ese acontecimiento específico en el relato,

y dar respuesta de manera inmediata a las juiciosas preguntas del lector, Pablo Palacio encuentra en el reportaje periodístico aquello que le hace falta. Pegar en la primera página del relato una noticia extraída de un diario, es una fórmula que le permite al autor, más allá de si realmente fue publicada, dar verosimilitud al resto del relato. Una estrategia que da licencia para plantear desde allí su posición frente al método inductivo y brindar al lector la sensación de que compartirá con él la búsqueda de una verdad definitiva.

También son provocadoras las dos frases inscritas antes de dicho recorte, o reportaje, y que hacen las veces de epígrafe (Palacio, 2006, p. 9): “¿Cómo echar al canasto los palpitanes acontecimientos callejeros? Esclarecer la verdad es acción moralizadora”².

Frases que enmarcan y anticipan el propósito del relato. Para tal efecto se nos indica, entonces, que primero tendremos noticia de ese *palpitante acontecimiento callejero*, y que, con posterioridad, será nuestra obligación seguirle la pista al narrador en su intento por develar la verdad. Como ya se vio, aparece en auxilio del autor por un lado el discurso periodístico, puesto en relato por cuenta de la crónica roja del *Diario de la tarde*; por el otro, encontraría Palacio en el discurso del método científico la forma para esclarecer la verdad, realizar

su propuesta narrativa y vincularse de manera efectiva con el epígrafe.

Teniendo entre manos un asunto como el que ya se planteó el narrador, cómo ir, entonces, en busca de la verdad. La ciencia plantea dos alternativas y es el mismo narrador quien las presenta: “La primera cuestión que surge ante los que se enlodan en estos trabajitos es la del método... Hay dos métodos: la deducción y la inducción (Véase Aristóteles y Bacon)” (Palacio, 2006, p. 10). De este aparte no sólo es importante destacar la consciencia que manifiesta el autor acerca de los métodos, sino también la intromisión de las formas de otro tipo de discurso; es evidente, por ejemplo, que el *véase...* entre paréntesis indica las referencias exactas a las que podría remitirse un lector interesado en el tema, igual que ocurre en textos de carácter académico o científico.

Al final, la decisión del narrador será por la inducción:

“La inducción es algo maravilloso. Parte de lo menos conocido a lo más conocido... (¿Cómo es? No lo recuerdo bien... En fin, ¿quién es el que sabe de estas cosas?). Si he dicho bien, éste es el método por excelencia. Cuando se sabe poco, hay que inducir” (Palacio, 2006, p. 11).

Inducir es justo uno de los métodos que utiliza Sherlock Holmes para resolver sus casos y son constantes en el relato los

² El comercio, de Quito

guiños al famoso detective inglés. Gestos como el de fruncir el ceño y encender una pipa revelan su presencia. Es, incluso, el mismo investigador inglés quien nos permite hablar de la fiabilidad del método y es que ésta, como bien sabe Palacio, está determinada por la capacidad del investigador para no entregarse a los engaños del querer resolver un problema con celeridad o tener a su disposición suficientes evidencias. Sherlock Holmes lo advierte, “es un error capital teorizar antes de tener datos. Sin darse cuenta uno empieza a deformar los hechos para que se adapten a las teorías, en lugar de adaptar las teorías a los hechos” (Doyle, 1981, p. 6). *Intuitivo*, por ejemplo, es una palabra que aparece en el texto, justo en momentos en los que el narrador quiere hacer hincapié en la particular tendencia, que tenemos los hombres, para plantearnos conclusiones sin tener las suficientes pruebas y consciente de ello se exige a sí mismo las evidencias necesarias: “lo que sabía intuitivamente era preciso lo verificara con razonamientos, y si era posible con pruebas” (Palacio, 2006, p. 11).

Pero una cosa es querer descubrir el *cómo* de las cosas, una pregunta a la que le dedican especial atención los libros consagrados a los estudios experimentales, pregunta muy distinta es averiguar las razones que movieron a alguien a atacar a otro (Palacio, 2006, p. 10), es decir, la pregunta por el *porqué*. Es tratando de responder a esa pregunta que es necesario para el narrador comenzar a confiar en su intuición. Y es que a pesar de haber acep-

tado el inductivo como el mejor de los métodos disponibles para su propósito, haber recolectado las pistas necesarias y haberse planteado las preguntas vitales, la necesidad de arrojar al lector respuestas intuitivas pese a carecer de suficientes evidencias parece no abandonarlo.

Hacer inferencias a raíz de las pocas pistas disponibles no permite depositar por completo la confianza en las hipótesis planteadas pero es necesario hacerlo si se quiere construir una historia. Pese a ello, es claro que los pasos que exigen el método y la forma en que es plasmado en el relato siguen estando atados al propósito inicial: inducir. Es ahí en donde se encuentra el método científico con las ciencias sociales o humanas. Parece haberse dado cuenta Pablo Palacio de los límites de la aplicación de los métodos científicos para comprender lo que motiva a los seres humanos. Carlo Guinzburg habla precisamente de esos límites así:

¿Es el rigor compatible con el paradigma indiciario? La dirección cuantitativa y anti-antrópocéntrica tomada por las ciencias naturales desde Galileo ha planteado un dilema incómodo a las ciencias humanas. ¿Deben conseguir resultados importantes a partir de una posición científicamente fuerte pero obtener resultados de escaso relieve? [...] Nos asalta la duda, sin embargo, de que este tipo de rigor sea quizás inalcanzable, e incluso indeseable para las formas de conocimiento más ligadas a nuestra experiencia

cotidiana, o, para ser más precisos, más ligadas a todo contexto donde el carácter único e irremplazable de los datos sea decisivo para quienes están implicados (Guinzburg, 1989, p. 153).

Respecto a este punto, es más que relevante señalar el papel que desempeñaría la hermenéutica gadameriana en hacer desplazar la atención, que las ciencias humanas habían puesto de manera exclusiva en los métodos científicos, a otras posibilidades del pensamiento. Justamente esa aplicación ciega de los métodos científicos, en el desciframiento del inasible comportamiento humano, es el paradigma que pretende modificar no solo toda una corriente filosófica sino también Pablo Palacio. En otras palabras Palacio comprende como lo hizo Gadamer (1995) que la racionalidad científica se demuestra impotente frente a la dimensión existencial del hombre.

Mientras que, en “un hombre muerto a puntapiés”; y justo antes de construir el poco confiable relato definitivo acerca de lo ocurrido la noche del 13 de enero y en el que incluso se toma el atrevimiento de dar un nombre cualquiera al difunto—Octavio Ramírez “un individuo con la nariz del difunto no puede llamarse de otra manera” (Palacio, 2006, p. 13) –, Palacio habla de ese mismo paradigma, ya señalado por Guinzburg o Gadamer, diciendo:

Nada, que lo que a mí se me había metido por la honda línea del entrejejo era lo evidente. Ya no caben

más razonamientos. En consecuencia, reuniendo todas las conclusiones hechas, he reconstruido, en resumen, la aventura trágica ocurrida entre Escobedo y García (Palacio, 2006, p. 15).

Más que encontrar en el método científico y los pasos que sugiere éste, deben seguirse para acercarse a la verdad, Pablo Palacio halla una estructura que le sirve para plantear y hacer evidentes las limitaciones que impone un método diseñado para ajustar las verdades, un método que las ciencias humanas procuraron adaptar a sus preocupaciones por el *porqué* y del que, sin lugar a dudas, puede alimentarse la literatura para construir sus argumentos. Sin embargo, cómo no intentarlo, cómo no darlo todo por resolver las cuestiones alrededor de la condición humana, si desde un principio es claro que hacer todo lo posible por esclarecer la verdad es una acción moralizadora. Es esta última la apuesta definitiva de Palacio pues con esto demuestra la imposibilidad del método e incluso, como veremos más adelante, del lenguaje para definir o describir comportamientos, más allá de esto, dar cuenta de las íntimas motivaciones por las cuales un ser humano decide hacer algo.

Teniendo presente el análisis realizado es posible hablar ahora del papel que termina desempeñando la reseña hecha por el *Diario de la tarde*. Y es que el narrador no dejará de dar vueltas al motivo que sugiere el periódico, es un probable móvil del asesinato y demuestra lo cons-

ciente que era Palacio de la influencia de los medios de comunicación en la vida cotidiana. Más allá, hace una dura crítica a la manipulación irresponsable que hacen de la verdad. Lo que dice el narrador respecto al hecho de que “lo único que pudo saberse, por un dato accidental, es que el difunto era vicioso” (Palacio, 2006, p. 9), es que él por una fuerza secreta de intuición que nadie puede comprender, leyó: ERA VICIOSO, con letras prodigiosamente grandes (Palacio, 2006, p. 11), y a continuación revela que el único punto que le importó desde entonces, fue comprobar qué clase de *vicio* tenía el difunto Ramírez, que intuitivamente había descubierto cual era, pero que no lo dirá para no enemistar su memoria con las señoras (Palacio, 2006, p. 11). Sin embargo, la propuesta parece adelantarse un poco, también, a lo que años después afirmarí, como en una especie de profecía ya cumplida, González Echavarría:

“[...] si hay una forma de discurso que parece estar adquiriendo poder hegemónico es el de los sistemas de comunicación. Quizás ellos determinen un nuevo relato maestro, pero es difícil decirlo con algún grado de certidumbre desde el Archivo” (González, 2000, p. 253).

Consideraciones adicionales respecto a otros textos de Pablo Palacio

Otra serie de detalles determinantes en una obra como la de Pablo Palacio y

visibles en algunos de sus otros relatos, permiten ampliar el análisis y dar cabida a la constatación de esos temas que lo inquietaban en “un hombre muerto a puntapiés”.

Una primera observación que puede hacerse, teniendo como punto de partida precisamente ese relato, es acerca del narrador. En “un hombre muerto a puntapiés” Palacio evita darnos información acerca de la procedencia del narrador y el porqué es de especial interés para él los métodos propuestos por la ciencia para intentar alcanzar la verdad. Si bien no nos dice nada respecto al narrador en ese relato, si lo hace en otro cuento el “antropófago”; es así como se nos presenta:

Pero qué trance tan duro... Bueno... lo que voy a hacer es referir con sencillez lo ocurrido... No quiero que ningún malintencionado diga después que yo soy pariente de mi defendido, como ya me lo dijo un Comisario a propósito de aquel asunto de Octavio Ramírez (Palacio, 2006, p. 21).

Debe recordarse que el nombre puesto por él mismo a la víctima de “un hombre muerto a puntapiés” es precisamente Octavio Ramírez. Esta frase permite corroborar que el narrador de ambos relatos es el mismo. Lo que llama la atención de inmediato es comprender que en una página anterior ya nos había dicho cuál es su profesión.

El lunes último estuvimos a verle los estudiantes de Criminología. Lo tienen encerrado en una jaula como de guardar fieras. ¡Y qué cara de tipo! Bien me lo he dicho siempre: no hay como los pícaros para disfrazar lo que son (Palacio, 2006, p. 20).

Criminología es una profesión que, evidentemente, no sólo nos remite a la aplicación de los métodos científicos y por supuesto permite recordar a Sherlock Holmes, a su vez hace ver en Palacio un autor consciente de los avances de la academia y la ciencia. Mucho más allá de eso, demuestra también el interés del escritor ecuatoriano por inscribirse dentro de la vanguardia literaria, que con Sherwood Anderson, Faulkner o Joyce planteaba ese mismo tipo de juegos literarios, en los que a veces el narrador y en ocasiones los personajes de algunos de sus relatos se mezclan o repiten en otros.

Sin embargo, esa especial adaptación propuesta por Palacio del discurso literario a la estructura del método científico hace de su obra un acontecimiento sobresaliente. Él mismo hablará de ella en su novela “Débora”.

Pero el libro debe ser ordenado como un texto de sociología y crecer y evolucionar. Se ha de tender las redes de la emoción partiendo de un punto. Este punto, intimidad nuestra, pedazo de alma tendido a secar, lo enfoca hacia los otros, para que sea desencuadrado en un descanso

dominical, o desdeñosamente rueda sobre una mesa descompuesta o en el atiborramiento de la mesilla de noche (Palacio, 2006, p. 72).

Palacio demuestra también ser consciente de los límites que tiene el lenguaje para construir una definición precisa de los seres humanos. Una representación esquiva que se hace patente en la obra de Palacio a través de la singular naturaleza de cada uno de los hombres y mujeres que habitan sus historias. El escritor ecuatoriano encontró en ciertos seres monstruosos la forma de ejemplificar los problemas a los que debe enfrentarse las ciencias sociales y el lenguaje para dar cabida a la representación de todas las variables posibles. Un cuento específico servirá para dar cuenta de esa crítica, en “la doble y única mujer” Palacio se enfrenta de manera frontal con el problema. Así se presenta el extraordinario personaje que desempeña el papel principal en dicho relato.

Ha sido preciso que me adapte a una serie de expresiones difíciles que sólo puedo emplear yo, en mi caso particular. Son necesarias para explicar mis actitudes intelectuales y *mis* conformaciones naturales, que se presentan de manera extraordinaria, excepcionalmente, al revés de lo que sucede en la mayoría de los «animales que ríen. (Palacio, 2006, p. 43).

Expresiones como “Mi espalda, mi atrás, es, si nadie se opone, mi pecho de ella”

(Palacio, 2006, p. 43), o “yo-primer a voy para delante, arrastrando a mi atrás, hábil en seguirme” (Palacio, 2006, p. 44), dan muestra de la habilidad de Palacio para poner en evidencia tales límites. No obstante, no le bastará al autor hacer patente tales restricciones sin dejar en claro que a aquellos seres, considerados especiales, pertenecen también aquellos que, acostumbramos creer, los más ordinarios. “Las mujeres miran las estrellas” es un gran ejemplo de ese testimonio que parece querer dejar Pablo Palacio, respecto incluso a su propia naturaleza, pues, como él mismo dice también “el cuentista es otro maniático. Todos somos maniáticos; los que no, son animales raros” (Palacio, 2006, p. 34).

Pero, y como ya fue señalado, a Palacio no le bastará con utilizar el discurso científico para construir sus relatos, hará crítica también del abuso que significa utilizarlo en la búsqueda por definir una sociedad cargada de particulares personajes, personajes como aquellos que habitan sus relatos.

Los historiadores, los literatos, los futbolistas, ¡psh!, todos son maniáticos, y el maniático es hombre muerto. Van por una línea, haciendo equilibrios como el que va sobre la cuerda, y se aprisionan al aire con el quitasol de la razón. Sólo los locos exprimen hasta las glándulas de lo absurdo y están en el plano más alto de las categorías intelectuales (Palacio, 2006, p. 33).

En un mundo de maniáticos, entonces, es necesario adaptar los métodos, es necesario replantear las estructuras con las cuales se pretende ceñir a una descripción específica lo que ocurre con las sociedades, con los seres humanos.

Eso de ser antropófago es como ser fumador, o pederasta, o sabio. Pero los jueces le van a condenar irremediablemente, sin hacerse estas consideraciones. Van a castigar una inclinación naturalísima: esto me rebela. Yo no quiero que se proceda de ninguna manera en mengua de la justicia. Por esto quiero dejar aquí constancia, en unas pocas líneas, de mi adhesión al antropófago. Y creo que sostengo una causa justa (Palacio, 2006, p. 21).

Igual que se expresa en este aparte la imposibilidad de comprender aquello que ha decidido ser un hombre, más allá del crimen, aparece en la pregunta que ya había sido formulada en “Un hombre muerto a puntapiés”, la pregunta por el *porqué*. Pero, además de eso, cómo entender a un ser humano si hasta el lenguaje puede llegar a ser un impedimento y es así expuesta, nuevamente, en “La doble y única mujer”:

Aquí me permito, insistiendo en la aclaración hecha previamente, pedir perdón por todas las incorrecciones que cometeré. Incorrecciones que elevo a la consideración de los gramáticos con el objeto de que se sirvan

modificar, para los posibles casos en que pueda repetirse el fenómeno, la muletilla de los pronombres personales, la conjugación de los verbos, los adjetivos posesivos y demostrativos, etc., todo en su parte pertinente. Creo que no está demás, asimismo, hacer extensiva esta petición a los moralistas, en el sentido de que se molesten alargando un poquito su moral y que me cubran y que me perdonen por el cúmulo de inconveniencias atadas naturalmente a ciertos procedimientos que traen consigo las posiciones características que ocupó entre los seres únicos (Palacio, 2006, p. 43).

Otro de los indicios de esas definitivas restricciones que parece haber encontrado Palacio puede verse, nuevamente, en “Las mujeres miran las estrellas”. Dice allí el narrador (Palacio, 2006, p. 34) que el hombre de estudio no ve ciertas cosas por permanecer escarbando en las narices del tiempo la porquería de una fecha o hilvanando la inutilidad de una imagen, o abusando inconsideradamente de los sistemas inductivo y deductivo. Desde la década de 1920 Pablo Palacio pondrá sobre la mesa una discusión que el mismo Levi-Strauss traerá a colación para zanjar las fronteras entre la historia y su disciplina.

La historia biográfica y anecdótica es la menos explicativa; pero es la más rica desde el punto de vista de la información, puesto que considera a los individuos en su particularidad,

y puesto que detalla, para cada uno de ellos, los matices del carácter, los rodeos de sus motivos, las fases de sus deliberaciones. Esta información se esquematiza, luego se borra, después queda abolida, cuando se pasa a historias cada vez más “fuertes”. Por consiguiente, y según el nivel en el que el historiador se coloca, pierde en información lo que gana en comprensión, o a la inversa... Por relación a cada uno de los dominios de la historia a los que renuncia, la elección relativa del historiado no se hace nunca más que entre una historia que enseña más y explica menos, y una historia que explica más y enseña menos (Levi-Strauss, 2009, pp. 378-379) .

Pablo Palacio o de una posible proximidad con Kafka

Acá es necesario detenerse a destacar la similitud del estilo de Pablo Palacio con las formas de la literatura del más vanguardista de los autores contemporáneos: Franz Kafka. Específicamente la necesidad de demostrar a través de personajes anómalos o deformes la dificultad que representa el hallar en el comportamiento de los seres humanos una verdad absoluta. Si bien es posible hacer un rastreo preciso de esta característica en un relato como la metamorfosis, en algunos otros de los relatos kafkianos es más patente esa condición de rareza. La misma sensación de extrañeza que produce los personajes de un relato como

“Un viejo manuscrito” es la que se siente al acercarse a relatos como “Un artista del hambre”, “Un artista del trapecio” o “Informe para una academia”.

En “un viejo manuscrito” Kafka, contemporáneo de Palacio, describe así a los siniestros visitantes de un pueblo sin nombre: “No se puede hablar con los nómadas. No comprenden nuestro idioma y casi no tienen idioma propio. Entre ellos se entienden como los cuervos. [...] Nuestras costumbres y nuestras instituciones les resultan incomprensibles como poco interesantes. Por tanto, ni siquiera tratan de entender nuestras señas” (Kafka, 1984, p. 135). Se demuestra en este aparte la incapacidad de este tipo de personajes para acoplarse a las reglas que, producto de la experiencia social, deberían ser asumidas sin excepción. Son estos los personajes que obran como prueba de la imposibilidad de ceñir a los seres humanos a una forma particular de ser analizados. No obstante, en el caso de un autor como Kafka es pertinente aclarar que esos personajes extraños, en algunos de los casos, son resultado de un compromiso férreo y absoluto con las reglas interpuestas. Es así como se nos hace ver en el relato “Informe para una academia”:

Si me hubiera aferrado obstinadamente a mis orígenes, a mis recuerdos de juventud, me hubiera sido imposible conseguir lo que he conseguido. La disciplina estricta que me impuse consistió precisamente en no permi-

tirme ser obstinado. Yo mono libre, acepté ese yugo; pero por eso mismo los recuerdos se me fueron borrando cada vez más [...] Hablando con franqueza – por más que me agrade hablar de estas cosas en sentido metafórico- os digo: vuestra simiedad, señores míos, en la medida en que tuvierais algo semejante en vuestro pasado, no podría estar más lejos de vosotros que lo que de mí está la mía. Sin embargo, le cosquillea los talones a todo aquel que pisó la tierra, tanto al pequeño chimpancé como al gran Aquiles (Kafka, 1984, pp. 169–170).

Ante las evidentes similitudes que existen entre estos personajes indescifrables de Kafka con la caracterización amorfa de los de Palacio, es más que permitido hacer un traslado de las observaciones que algunos autores han hecho del autor alemán. Pues así como “al leer a Kafka, nos encontramos constantemente, de un modo inquietante, entre el espanto y el echarnos a reír” (Gadamer, 2006, p. 268) igual sucede al leer un relato como el “Antropófago” o “La doble y única mujer” de Pablo Palacio. Más allá, el análisis que hace Kate Flores de la obra de Kafka sirve para observar con mayor claridad el papel desempeñado por los héroes atípicos de este par de autores: “Siempre el mundo interior de los héroes de Kafka es tan desconocido al resto de sus caracteres, como insondable es a sus héroes el mundo exterior” (Flores, 1998, p. 59). Un rol que es igual de evidente en los relatos de Pablo Palacio. Un ejemplo

apropiado de ello es la no consumada pretensión del personaje principal de “Un hombre muerto a puntapiés” por definir o dar razones de los motivos por los cuales alguien se atreve a patear a un hombre hasta causarle la muerte. Sin embargo, en este caso, el llamado de atención que hace Palacio a propósito de las falencias del método científico hacen relevante el estudio de esa forma particular de discurso y su intromisión en las estructuras literarias, igual que el uso de otros recursos discursivos enriquecieron la literatura kafkiana.

Para concluir

Las peculiares características de una obra como la de Pablo Palacio demuestran su preocupación por tantear los límites tanto de la literatura como de aquellos discursos con los que nutrió sus relatos. Límites que de alguna manera no podrían haber sido sondeados sin la especial sensibilidad que tuvo el autor ecuatoriano para construir un estilo propio. A través de esa construcción, ceñida al método científico, quedarían atadas a su obra las disciplinas que estaban en boga justo en ese mismo momento de la historia: la sociología, el psicoanálisis y la lingüística.

Pablo Palacio pudo dar cuenta de una sociedad que estuvo lejos de las miradas de sus contemporáneos, una sociedad que parecía escaparse de cualquier intento por ser descrita. Él representó el papel de un narrador que logra arrebatarse a su

presente las claves para hablar los seres humanos que lo habitan. Más allá de esto logró poner en un dilema, a través de esa necesidad de describir su propia realidad, a las escuelas o disciplinas que precisamente estaban intentando definirla. Un dilema porque para Pablo Palacio no es posible hacerlo. Para él no es pertinente dar cuenta de las particularidades de un hombre y su comportamiento a través de los restringidos mecanismos de la ciencia.

Por otra parte, los personajes de Pablo Palacio enmarcan el espíritu de curiosi-

dad que representa el interés constante de los métodos científicos por aproximarse a la verdad. Con esto parece que el autor ecuatoriano comprendió años antes que Gaston Bachelard, y como ya se había reconocido sostenía Karl Popper, que:

La ciencia se comprende cuando uno se ha comprometido vigorosamente con ella, cuando se ama la tensión de estudio, cuando se ha reconocido que ella es un modelo de progreso espiritual y que nos permite ser un actor de un gran destino humano cualquiera

sea el lugar en que la modestia de la investigación científica nos sitúe (Bachelard, 1973, p. 43).

Para finalizar, Pablo Palacio es más que un autor de vanguardia para la literatura latinoamericana. Es un escritor vital para comprender de qué manera disciplinas, que es posible pensar son ajenas a la literatura, encuentran precisamente en el arte una manera para manifestarse e incluso encontrar, desde allí los obstáculos que creen pueden ser salvados en la realidad.

Referencias

- Anderson, Sherwood (2010). *Cuentos reunidos*. Barcelona: Debolsillo.
- Bachelard, Gastón (1973). *El compromiso racionalista*. México: Siglo XXI.
- Bunge, Mario (2002). *La investigación científica*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (2005). *Don Quijote de la Mancha*. Bogotá: Alfaguara.
- Dávila, Newman (2006). *El razonamiento inductivo y deductivo dentro del proceso investigativo en ciencias experimentales y sociales*. Caracas: Revista Laurus, año/vol. 12. Obtenido el 4 de septiembre de 2011, de <http://redalyc.uaemex.mx>.
- Doyle, Arthur Conan (1981). *Escándalo en Bohemia*. Obtenido el 4 de septiembre de 2011, de <http://es.scribd.com/doc/31075095/1-Un-Escandalo-en-Bohemia>.
- Faulkner, William (1997). *Relatos*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Finkielkraut, Alain (2001). *La ingratitud: conversaciones sobre nuestro tiempo*. Barcelona: Anagrama.
- Flores, Kate (1998). "Exégeis de La condena", en *Expliquemos a Kafka*. México: Siglo Veintiuno.
- Gadamer, Hans-Georg (1995). *Entrevista con Bruno Ventavoli*. Revista "La Stampa". Roma: 7 de Noviembre de 1995.
- Gadamer, Hans-Georg (2006). *Estética y Hermenéutica*. Madrid: Tecnos.
- Gadamer, Hans-Georg (2007). "El lenguaje como horizonte de una ontología hermenéutica", en *Verdad y método*, Vol. 1. Salamanca: Editorial Sígueme.
- Ginzburg, Carlo (1989). *Morrelli, Freud, Sherlock Holmes (116-163)*. Barcelona: Editorial Lumen.

- González Echavarría, Roberto (2000). *Mito y Archivo*. México: Fondo de Cultura Económico.
- Grondin, Jean (2003). El problema del método y la idea de una hermenéutica de las ciencias humanas. *Introducción a Gadamer*. Madrid: Editorial Herder.
- Joyce, James (2001). *Dublineses*. Madrid: Alianza Editorial.
- Kafka, Franz (1984). *Metamorfosis*. Bogotá: Seix Barral.
- Lévi-Strauss, Claude (2009). *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económico.
- Palacio, Pablo (2006). *Un hombre muerto a puntapiés*. Caracas: Editorial el perro y la rana.
- Popper, Karl (1956). *Realismo y el objetivo de la ciencia. Post-Scriptum a la lógica de la investigación científica*. Madrid: Editorial Tecnos.